

**FOS MEDINA, Juan Bautista, *Santiago de Liniers. Un caballero cristiano*, Buenos Aires, Bella Vista, 2018.**

La presente reseña bibliográfica tiene por objeto el reciente libro del Dr. Juan Bautista Fos Medina, quien nos deleita con una breve obra biográfica acerca de Don Santiago de Liniers y Bremond, el olvidado héroe de la Reconquista y Defensa de la ciudad de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas.

Se trata de setenta páginas enmarcadas en cuidada envoltura y editadas por Bella Vista Ediciones.

Si bien la obra realiza, de forma amena y elegante, un recorrido general sobre la vida de Liniers, hace hincapié y se detiene, como bien lo anticipa el subtítulo de su portada, en un aspecto que marca y sobrevuela toda la existencia del biografiado, su carácter de caballero cristiano.

Las primeras líneas principian por ubicar a Liniers dentro de su árbol genealógico familiar, enraizado, por línea paterna y materna, en aquellas antiguas familias francesas del *Ancien Régime* tan nutricias en hidalguía y caballerosidad, cuya esencia podría ser sintetizada, y bien traído está por el autor, con aquel viejo refrán de la aristocracia militar francesa: “*Mon ame a Dieu/la vie au Roy/l honnoeur a moi*” (“Mi amor a Dios/mi vida al Rey/el honor a mí”).

Perfecta y jerárquica aplicación del decálogo Divino. El amor para Dios sobre todas las cosas, la “pietas” del deber filial, el rechazo a todo pecado por vergonzante y deshonroso.

Luego, el autor nos muestra cómo Liniers corresponde a su tradición familiar en el desempeño de su carrera militar y profesional: primero en la Francia de su nacimiento y, después, a través de los Pactos de Familia, sirviendo a la España de su adopción, donde vivió el momento más glorioso de su historia y de la nuestra, que él enalteció.

Tal fue la Reconquista de Buenos Aires, cuando, digno de un antiguo relato medieval y anacrónico aún para la misma época en la que aconteció, Don Santiago de Liniers y Bremond cumple con su cabal deber de caballero cristiano y, haciendo solemne voto frente a su Señora en la advocación del Santo Rosario, en el Convento de Santo Domingo, se compromete a recuperar la ciudad para su legítimo trono y altar.

Son testigos mudos del fiel cumplimiento de esa promesa, las banderas tomadas al invasor que aún hoy escoltan a la Santísima Virgen, en el camarín lateral del mismo convento en que Liniers las ofrendara en agradecimiento de la victoria obtenida. Porque el héroe victorioso, en el momento mismo de su encumbramiento personal, se postra ante la Cruz y reza. Sabe, cristianamente sabe, Quién ha sido el autor de su gloria.

Acertadamente, y a renglón seguido, el Dr. Fos Medina nos coloca frente al instante postrero de la vida de Liniers y uno de los más deshonorosos de nuestra historia nacional: su fusilamiento.

Decimos acertadamente, porque es frente a la adversidad donde de verdad se puede conocer con precisión indiscutible la valía de una persona; y Liniers, ante su muerte injusta, cumplió acabadamente con las exigencias de su herencia y alcanzó la gloria. Como caballero, rechaza la Revolución y muere por mantenerse fiel al Rey; como cristiano, acepta su destino y se dispone a bien morir. Luego de rezar el Santo Rosario y recibir la confesión, invoca de rodillas a María Santísima y, ya en paz su alma, ordena él mismo que procedan con su ejecución.

Y es en esta secuencia final donde el autor nos regala un cierre inesperado de su obra, pero por demás certero: la extraña similitud que hay entre la muerte de Don Santiago de Liniers y la de Francois-Athanase Charette de la Contrie, Generalísimo del Ejército Católico de la Vendée, región del Oeste de Francia, quien enfrentó con éxito a las llamadas “tropas infernales” de la Revolución Francesa. Caro les costó a los campesinos vendeanos, dicho sea de paso, que sufrieron en represalia el primer genocidio de la historia moderna. Masacre cometida al son de la Marsellesa y con el lema de “Igualdad, Fraternidad y Libertad”. Pero esa es otra historia.

Si a este final y a lo dicho, le agregamos el cuerpo de imágenes y fotos aportadas, así como el prólogo, escrito nada menos que por el respetado historiador don Bernardo Lozier Almazán, sólo falta aconsejar la lectura de esta obra atrayente, amena y de ágil lectura, que hace un importante aporte al conocimiento de la personalidad, casi olvidada, y lamentablemente poco conocida, de uno de nuestros héroes mayores.

Por último, cabría anticiparse a cualquier comentario sobre la omisión de aspectos de la vida privada de Liniers, que sólo dejarían en claro que no fue un santo sino un hombre con debilidades, las que no opacan ni contradicen los caracteres sobresalientes de su

## RECENSIONES

personalidad. Y si aún así se pretendiera insistir en dicho aspecto, argumentaríamos con Petrarca: “*Un bel morir tutta una vita onora*”.

JUAN PABLO RIGANTI